

“Dios utiliza Su Palabra omnipotente para hacer crecer a los cristianos y reunir a las iglesias. En este libro, Jonathan Leeman presenta una visión gloriosa de esta obra. Su presentación es bíblica y teológica, así como práctica y convincente. Es teología aplicada. Él traza las líneas y colorea el cuadro. La Biblia y la vida en la iglesia local deben reforzarse mutuamente para conectarnos con Dios. ¿Es esa tu experiencia? Como cuidadoso estudioso de la Biblia, Jonathan ilustra magistralmente cómo debería ser esto”.

Mark Dever, pastor y autor de *¿Qué es una iglesia sana?*

“Jonathan Leeman ha escrito un libro muy útil que examina el papel de la Palabra en la vida de la iglesia. En los últimos años se ha hecho mucho hincapié en la mecánica de la predicación, en términos de exégesis, exposición, etc.; sin embargo, para predicar —y escuchar— adecuadamente, también hay que comprender la teología de la predicación, de la Palabra en acción. Este libro cubre precisamente esa laguna y debería ser leído por pastores, ancianos y, en efecto, por los miembros de las iglesias”.

Carl R. Trueman, profesor y autor de *Lutero sobre la vida cristiana*

“*Iglesia centrada en la Palabra* nos ayuda a los pastores a adoptar una postura audaz: no te dejes distraer por modas pasajeras. Haz de la Palabra de Dios la pieza central de tu iglesia, ora por el poder de lo alto y sigue adelante. El apasionante libro de Jonathan Leeman ha conmovido mi corazón. Ahora está en el programa de formación de líderes de nuestra iglesia”.

Ray Ortlund, pastor y autor de *El evangelio*

“Pon este libro en manos de cualquier cristiano al que desees dar una apreciación revolucionaria de la Palabra de Dios en la iglesia local. Muchos creen que sus vidas y sus iglesias están ‘basadas en la Biblia’. Pero pocos tienen una visión tan convincente de la Palabra de Dios resplandeciendo en todo lo que hacemos como la visión que Jonathan Leeman presenta aquí. Leeman es el inusual escritor que escribe con amor, claridad y sabiduría acerca de temas que confunden, dividen y frustran. Aquí, escribe sobre la Palabra de Dios brillando en Su pueblo. ¿El resultado? Un libro que te hace amar más la Palabra de Dios y, por tanto, amar más al Dios de la Palabra. Desde la primera página, mi alma se alegró leyendo este libro. ¡*Iglesia centrada en la Palabra* me hizo tener sed de la Palabra de Dios!”.

Thabiti Anyabwile, pastor y autor de *Cómo ser un miembro saludable de la iglesia*

“¿Para qué confiamos exactamente en la Biblia? En *Iglesia centrada en la Palabra*, Jonathan Leeman demuestra lo que significa encontrar confianza y seguridad en la suficiencia de la Biblia como la Palabra de Dios. En este libro, se nos lleva a través de la vida de la iglesia y de la vida del cristiano a la vida del mundo con el fin de entender lo que significa para los cristianos confiar en que la Biblia está llena de autoridad, es completamente fidedigna y absolutamente suficiente”.

R. Albert Mohler Jr., presidente del Southern Seminary

“Vuelve a enamorarte de la Biblia después de leer *Iglesia centrada en la Palabra*, de Jonathan Leeman. Con una gran mezcla de convicción, historia y aplicación, *Iglesia centrada en la Palabra* nos desafía a poner toda nuestra atención en las Escrituras. Este libro nos desafía a volver al poder de la Palabra de Dios que se predica y actúa en las vidas de las personas para crear un cambio que luego repercute en los demás”.

Ed Stetzer, director ejecutivo del Centro de Evangelismo Billy Graham

“Muchas iglesias hablan de estar ‘basadas en la Biblia’, ¿pero qué aspecto tendría una iglesia realmente basada en las Escrituras? En este libro maravillosamente escrito, Jonathan Leeman muestra cómo la Palabra predicada es como una piedra que se arroja en un estanque, cuyas ondas dan forma a todo lo relacionado con la vida de nuestra iglesia: cómo cantamos, cómo oramos, cómo vivimos, cómo nos discipulamos unos a otros y cómo llevamos el evangelio al mundo. Su sección acerca de cómo el sermón expone el texto de las Escrituras, anuncia el evangelio y confronta al pecador vale por sí sola el precio del libro. Es un libro excelente. Cómpralo y sé desafiado”.

Tony Payne, autor de *El enrejado y la vid* y *El proyecto de la vid*

“Este libro tiene un mensaje vital. La Escritura —y solo la Escritura— es el instrumento suficiente de Dios por medio del cual Su Espíritu reúne a la iglesia, cambia vidas, nos hace crecer en Cristo, moldea nuestras oraciones y alabanzas, y hace discípulos. El diablo siempre está intentando sustituir el cristianismo auténtico por un cristianismo superficial buscando quitar las Escrituras del centro de la iglesia. Con frescura y calidez, este libro claro y ameno celebra la verdad crucial de la suficiencia de las Escrituras”.

Christopher Ash, pastor y autor de *El libro que tu pastor quiere que leas*

CÓMO LA BIBLIA TRAE VIDA Y
CRECIMIENTO AL PUEBLO DE DIOS

IGLESIA CENTRADA EN LA PALABRA

JONATHAN LEEMAN

PRÓLOGO POR MATT CHANDLER



Mientras lees, comparte con otros en redes usando
#IglesiaCentrada

Iglesia centrada en la Palabra
Cómo la Biblia trae vida y crecimiento al pueblo de Dios

Por Jonathan Leeman

© 2024 por Poiema Publicaciones

Traducido con el debido permiso del libro *Word-Centered Church* © 2017 por Jonathan Leeman. Todos los derechos reservados. Publicado por Moody Publishers.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Nueva Biblia de las Américas* © 2005 por The Lockman Foundation.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-955182-88-1

SDG

*A mis padres, Dave y Barbara Leeman.
Ustedes fueron los primeros en enseñarme la Palabra de Dios.*

CONTENIDO

Prólogo	9
Introducción	13
Parte 1: La Palabra	
1. La Palabra actúa	25
2. La Palabra invita y divide	41
3. La Palabra libera	55
4. La Palabra reúne	81
Parte 2: El sermón	
5. El sermón expone	95
6. El sermón anuncia	109
7. El sermón confronta	125
Parte 3: La iglesia	
8. La iglesia canta	141
9. La iglesia ora	151
10. La iglesia discipula	163
11. La iglesia se dispersa y, otra vez, invita	177
Notas	185

PRÓLOGO

El Espíritu Santo abrió mis ojos a la belleza del evangelio de Cristo justo antes de mi último año de escuela secundaria. Sigo sin recuperarme.

En ese momento, me dio nuevos ojos para ver y nuevos oídos para oír, también me dio un hambre insaciable por conocer más de Él a través de la lectura de las Escrituras. Comencé a leer otros libros también, pero descubrí que leer la Biblia era diferente a leer otro tipo de literatura. Me transformaba. Me permitía verle. No solo me dio una verdad abstracta; me lo dio a Él, al que me ha llamado a salir del “dominio de las tinieblas, y [me] trasladó al reino de Su Hijo amado” (Col 1:13).

En aquellos primeros días, el Dios del universo también me infundió la pasión por dar a conocer a los demás Su gracia y misericordia en la cruz de Cristo. Cuando me gradué, no había un solo amigo con el que no hubiera compartido el evangelio. Varios de ellos llegaron a ser creyentes. Pero otros no querían saber nada de Jesús. Parecían despreciarlo sin conocerlo. Estaba aprendiendo dolorosamente que el aroma de Cristo olerá a muerte para algunos, independientemente de cómo se presente (2Co 2:16). Sin embargo, también sabía que no había forma de evitarlo: para presentarle a la gente un conocimiento

salvador de Cristo, debemos hablar con palabras, y debemos hablar con palabras que a veces ofenden.

Ahora, como pastor, sigo convencido de que hablar con palabras —palabras bíblicas y palabras evangélicas— debe ser fundamental en las iglesias y en el ministerio. No me malinterpretes: creo en la contextualización y en asegurar que la Biblia y la verdad de Dios sean entendidas y aplicadas a las circunstancias contemporáneas. Creo firmemente que todo el mundo debe contextualizar, ya sea en el siglo dieciséis, en el siglo veinte o en la actualidad. Sin embargo, también entiendo que podemos preocuparnos más por “llegar a la gente” que por ser fieles a las Escrituras. Y al descuidar las Escrituras, perdemos la noción de *a Quién* queremos que la gente llegue.

Si es *a* un Dios que no es el Dios santo, trino y creador que se revela en la Biblia, o si es *a* un salvador que no es el de las Escrituras que murió para aplacar la ira de Dios contra los pecadores, justificando completamente a los que se arrepienten y creen, entonces ya no estamos ofreciendo salvación en absoluto, y no estamos edificando una “iglesia”. Puede que hayamos reunido un buen grupo de personas que hacen cosas buenas, pero no es la novia de Cristo.

Nuestra experiencia en The Village Church en Dallas es que la gente acepta y rechaza la Palabra de Dios, a pesar de cualquier otra cosa que podamos hacer en nuestro ministerio. Siendo fieles en proclamar al Dios y Salvador de las Escrituras, algunas vidas han sido transformadas y atraídas a Dios. Otras han sido ofendidas. Nunca podrás hacer que Jesús sea lo suficientemente “cool” para que todos lo amen y adoren.

No es solo en el “Cinturón de la Biblia” de Dallas que las iglesias están experimentando un gran número de personas que llegan a conocer a Cristo y rinden sus vidas a Jesús a través de la proclamación de la Palabra. Puedo hablar de amigos pastores en Seattle, Manhattan, Boston, Washington D.C., y otras ciudades importantes en Estados Unidos y en el extranjero cuya fidelidad al Dios de las Escrituras ha producido personas con una fe profunda, que adoran

apasionadamente, se aferran a la comunidad bíblica y comparten la belleza del evangelio tanto a nivel local como internacional.

En *Iglesia centrada en la Palabra*, Jonathan Leeman hace un gran trabajo demostrando por qué podemos tener fe en la Palabra de Dios para crear, sostener y potenciar la obediencia diaria a la *Palabra*. Nos anima, reprende y advierte que mantengamos las Escrituras en el centro para que podamos ver lo que Dios quiere crear en lugar de intentar crearlo nosotros mismos sin la autoridad y el poder que se supone debemos ejercer.

Estoy de acuerdo con muchos en que algo falla en el evangelicalismo. Jonathan ha identificado uno de los grandes errores: una creciente pérdida de confianza en la Palabra de Dios. Así que lee este libro. Mi oración es que el Espíritu Santo obre poderosamente a través de él para llamarte a la fidelidad bíblica en la predicación y en la vida.

MATT CHANDLER

Pastor principal de enseñanza

The Village Church

INTRODUCCIÓN

SOLO UNA COSA ES NECESARIA

Al igual que muchos niños que crecen en la iglesia, aprendí a soportar el bla, bla, bla, de los largos sermones a temprana edad.

Cuando tienes cinco o seis años, sobrevives a ellos examinando todo lo que está al alcance de tu mano: la nuca del que tienes delante, las orejas deformes, los sobres de las ofrendas que conviertes en una bolita, los lápices pequeños cuyas puntas rompes. A veces golpeas a tu hermano pequeño, lo cual irrita a tu madre y mantiene las cosas interesantes.

Cuando tienes quince o dieciséis años, puedes escuchar algo del bla, bla, bla, pero tu atención va y viene. A lo mejor sueñas despierto. A lo mejor te preguntas qué piensan de ti los otros adolescentes del lugar, sobre todo los del sexo opuesto.

También recuerdo a esa edad ver al predicador caminar por la plataforma. Se paseaba sin preocupación a un lado del púlpito, como si se acercara a alguien en una comida. Luego se acercaba al otro lado del púlpito, como si quisiera saludar a una familia que acababa de llegar. A veces se inclinaba hacia un lado con una mano apoyada en el púlpito. Todo aquello me intrigaba. Era tan amigable y sencillo.

Por supuesto, no estaba escuchando realmente lo que decía. Lo único que oía eran ilustraciones sobre Michael Jordan y los Chicago Bulls. Eran los años ochenta y los Bulls estaban en auge. Vivíamos en un suburbio de Chicago. Se mencionaba el nombre de Jordan y todo el mundo prestaba atención.

Pero seamos sinceros. No son solo los niños de cinco y quince años los que luchan por no bostezar en los sermones. También los adultos. Todos podemos distraernos. Puede que tu cerebro se quede atascado en un ciclo de vueltas sobre una conversación de ayer. Tal vez empieces a planificar la lista de tareas del domingo por la tarde. Hasta la fecha, me sorprende a mí mismo desconectándome, especialmente cuando el predicador se sumerge en alguna lección bíblica. Pero en cuanto empieza a contar una historia, mis oídos prestan atención. ¿Te pasa lo mismo?

Todo esto hace que una persona se pregunte si la predicación y el ministerio de la Palabra son tan importantes para la vida de los cristianos y las iglesias.

La predicación no hizo mucha diferencia en mi vida en la escuela secundaria, o en las vidas de algunos de mis amigos y sus padres. Dejé la secundaria para ir a la universidad, dejé de asistir a la iglesia y me metí de lleno en las fiestas. Lo mismo hicieron muchos de mis amigos. Por la gracia de Dios, regresé a Cristo y a Su iglesia después de la universidad. Pero muchos de esos amigos no lo hicieron. Hoy están atrapados en el agnosticismo, el materialismo, el alcoholismo y más. Muchos de los padres a los que admiraba ahora están divorciados.

¿De qué sirvieron todos esos sermones?

¿ALGO CON MÁS OCTANAJE?

Esto nos hace preguntarnos: ¿no hay algo con un poco más de octanaje que impulse la vida y el crecimiento en nuestras iglesias que un sujeto de pie al frente hablando?

Creo que muchos cristianos de hoy quieren sermones y canciones que sean verdaderos y ampliamente bíblicos. Sin embargo, para muchos de nosotros, con o sin razón, el ministerio de la Palabra no es una prioridad. Cuando entramos por primera vez en una iglesia, nuestra atención se fija en otras cosas, como el estilo de la música, la disponibilidad de una buena programación infantil, o incluso el aspecto y el ambiente del lugar. Sinceramente, podemos evaluar las iglesias como la gente evalúa los restaurantes urbanos de moda: “¿Qué tal el ambiente?”.

Mientras tanto, los líderes de las iglesias parecen haber perdido la confianza en el ministerio de la Palabra. Como los adolescentes en el centro comercial, se distraen con todas las posibilidades brillantes: adoración dinámica, grupos pequeños holísticos, programas atractivos, espiritualidad apasionada, liderazgo empoderado, formas litúrgicas, hospitalidad, ministerios de encarnación, vida misionera... y la lista continúa.

Además, seamos realistas. Nuestra era está cautivada por las imágenes. Es una era para la vista, no para el oído. Mi hija mayor aprendió el abecedario a los tres años de una familia de ranas viendo un vídeo llamado “La fábrica de letras”. No era mi intención que esto ocurriera. Pero hice clic en “reproducir” y sucedió. ¿Qué puedo decir? Ahora está condicionada por el video. Así es como aprende.

Los líderes eclesiásticos se están poniendo al día. Recuerdo que aprendí sobre la “fe” en un devocional viendo un fragmento de una película con Harrison Ford, en la que se baja de un acantilado y se sube a un puente invisible para salvar la vida de su padre. Todavía recuerdo la imagen.

Por supuesto, la gente no solo quiere ver videoclips. Quieren ver buenas obras en acción. La gente de hoy está enamorada de la autenticidad, lo que significa *ser* algo, no *decir* algo. Has oído el viejo dicho: “Predica el evangelio en todo momento; cuando sea necesario, usa las palabras”.

Sin duda, las imágenes tienen más octanaje que las palabras. “Una imagen vale más que mil palabras”, decimos. Y “hay que ver para creer”.

LA FUERZA MÁS PODEROSA DEL UNIVERSO

¿Qué importancia tiene realmente la predicación de la Biblia y el ministerio de la Palabra en general para la vida y la salud de las iglesias locales? ¿No es importante? ¿Es más o menos importante? ¿Es uno de varios componentes importantes?

Supongo que, si eres cristiano, al menos de palabra defiendes la idea de que la Palabra de Dios es importante. Sin embargo, mi primer objetivo en este libro es ayudarte a ver cuán esencial es. Quiero ayudarte a ver que la Palabra de Dios, obrando a través del Espíritu de Dios, es el instrumento primordial de Dios para hacer crecer a Su iglesia. De hecho, la Palabra de Dios es la fuerza más poderosa del universo. Dios creó el universo a través de Su palabra (Gn 1:3). Lo está recreando por medio de Su palabra (2Co 4:6). Y sostiene todas las cosas por Su palabra (Heb 1:3).

El hablar de Dios implica a las tres personas, ya que el Padre habla a través del Hijo por el Espíritu. Los tres colaboran maravillosamente para derramar Su poder a través del habla, para cumplir Su única voluntad a través de las palabras.

Es más, Dios crea y hace crecer Su iglesia a través de Su Palabra, lo que nos lleva al segundo objetivo de este libro. Dios nos hace crecer como individuos y como iglesias locales a través de nuestros oídos.

Tal vez ya “sepas” todo eso. Pero si es así, vale la pena preguntarse si esa confianza se traduce en cómo eliges una iglesia, o cómo intentas dirigir, estructurar y hacer crecer tu iglesia si eres un líder.

Pregúntate, ¿qué es lo único que *necesitamos* para crear y hacer crecer una iglesia? Dejando de lado los asuntos de las ordenanzas y el oficio ministerial, ¿qué es absolutamente necesario? ¿Un edificio? ¿Un programa? Respuesta: la Palabra de Dios obrando a través del Espíritu

de Dios. Alguien en ese grupo de personas tiene que tomar una Biblia y leerla. Y alguien tiene que explicarla para que la gente la entienda. Cuando esto sucede, el Espíritu comienza a obrar en los corazones de la gente, haciendo que crean las palabras y les den la importancia adecuada. Entonces la gente repite las palabras en sus cantos y oraciones. Se repiten las palabras de Dios unos a otros a lo largo de la semana, y llaman a otros a creer en ellas. Sus vidas comienzan a ser moldeadas por las palabras, de modo que empiezan a vivir de manera diferente en el trabajo y en casa. Descubren que estas palabras dan vida, esperanza y amor.

¿No deberíamos decir también que es necesario vivir vidas obedientes? ¿O la hospitalidad? ¿O el cuidado de los pobres? Sin duda, pero la clave está en reconocer que Dios tiene un papel diferente para las palabras y las acciones. Las palabras crean; las acciones son la creación. En Génesis 1 vemos la misma división de trabajo entre las palabras y la materia física. Las palabras crearon; el universo físico fue la creación. Ahora, aplica esa división de trabajo al universo espiritual: las palabras espirituales crean acciones espirituales. Y esas acciones y palabras trabajan juntas para dar testimonio del poder de Dios para la salvación, una salvación que comienza ahora y se extiende hasta la eternidad.

La verdadera vida espiritual se produce en el corazón solo cuando el Padre habla con el poder creador a través del Hijo y por el Espíritu. No hablo de leer conjuros mágicos. Estoy hablando del poder de Dios para dar luz a la mente, afecto al corazón y libertad a la voluntad, que luego mueven las manos y los pies a la acción santa.

A nuestro Dios invisible solo se le conoce a través de Su Palabra.

SOLO UNA COSA ES NECESARIA

“Una sola cosa es necesaria”, le dijo Jesús a Marta mientras ella se alejaba apresuradamente siguiendo con los quehaceres, a diferencia de María que, “sentada a los pies del Señor, escuchaba Su

palabra” (Lc 10:39, 42). La reprimenda de Jesús a Marta nos toma desprevenidos, porque parece obvio que los actos de servicio son mejores que las palabras. Decimos que las acciones hablan más que las palabras. Y hablar es barato. Sí, pero el cristianismo no empieza con lo que hacemos, sino con el anuncio de lo que Dios ha hecho. Además, solo las palabras pueden desafiar nuestro autogobierno. Las melodías o las imágenes visuales pueden inspirarnos, animarnos o hacernos llorar. Pero solo las palabras pueden ordenarnos que renunciemos al control de nuestras vidas y se las entreguemos a Cristo. Analizaremos esta idea en capítulos posteriores.

Una sola cosa es necesaria en nuestras iglesias: escuchar la Palabra de Dios mediante la predicación, la lectura, el canto y la oración.

¿Y el poder de la vista? ¿Qué pasa con el hecho de que la gente hoy día ha sido condicionada por un mercado impulsado por la imagen?

No es nada nuevo. La gente siempre se ha dejado llevar por la vista. Los israelitas sintieron miedo al ver a Goliat. El amante siente atracción al ver a su amada en Cantar de los Cantares. El templo estaba decorado con granadas de bronce y flores de oro. Y el apóstol Juan advierte a sus lectores sobre “los deseos de los ojos” (1Jn 2:16 RVC). La vista mueve a las personas. Les atrae y les repugna. Así nos creó Dios.

Al mismo tiempo, vivimos en la “era del oído”, como la llama Mark Dever, una era que se extiende desde la expulsión de Adán y Eva del huerto de Edén hasta el regreso final de Cristo. Después de que Adán y Eva pecaran en el huerto, Dios se retiró de la vista de toda la humanidad. Prohibió a Su pueblo hacerse cualquier representación de Él. Y a Su profeta predilecto, Moisés, solo le permitió ver Su espalda. Cristo apareció entre los hombres, pero incluso aquí la única descripción física que tenemos proviene de la caracterización de un profeta del Antiguo Testamento sobre el aspecto que Jesús *no* tenía: no tenía majestad ni belleza para que deseáramos mirarle (Is 53:2). Los propios Evangelios no nos dicen nada acerca del aspecto de Jesús. Al parecer, la Biblia no quiere que nos concentremos en la apariencia de Jesús.

Un día, por supuesto, todo esto cambiará. El Señor mismo descenderá del cielo, Su pueblo será arrebatado con Él, y “lo veremos como Él es” (1Jn 3:2; 1Ts 4:16). Sin embargo, hasta ese día, no podemos ver a Dios; solo podemos oírle, a Sus profetas y a Sus apóstoles. Llegamos a conocerle no a través de la vista sino a través del sonido, el sonido de Su Palabra leída y enseñada.

Me alegro de que los cristianos afirmemos la autoridad de la Palabra de Dios en nuestros libros de teología. Pero ahora necesitamos luchar por la fe en Su Palabra, particularmente en cómo enfocamos lo que es central en nuestras iglesias. Los líderes de las iglesias necesitan luchar por la fe en Su Palabra. Los cristianos necesitan luchar por esa fe. Es demasiado fácil poner nuestra fe en las cosas que atraen a la gente de forma más visible e inmediata.

REVERBERACIÓN

Al mismo tiempo, la pérdida de confianza en la Palabra de Dios no es el único error que debemos evitar. Muchos cristianos e iglesias afirman el “ministerio de la Palabra” y “edificar la iglesia sobre la Palabra”. Y típicamente estas frases se refieren al ministerio de enseñanza del púlpito del domingo por la mañana. El problema aquí, sin embargo, es que la Palabra de Dios no siempre es extendida a través de la vida de la congregación, como la levadura a través de la masa. La gente acude el domingo para el sermón, y a menudo hace poco más. El ministerio de la Palabra termina al mediodía.

Este libro, sin embargo, espera ilustrar que el “ministerio de la Palabra” *comienza* efectivamente en el púlpito, pero luego debe *continuar* a través de la vida de la iglesia a medida que la Palabra de Dios se convierte en absolutamente central en la vida de los miembros y rebota mutuamente. La Palabra se refleja o rebota, como en un cañón. Esta expresión se me ocurrió por primera vez cuando Tim Lane hablaba del “ministerio de la Palabra” en una entrevista que le hice para el *9Marks Journal*. Tim dijo:

El ministerio de la Palabra no se detiene [con la predicación]; continúa en toda la iglesia. El ministerio de discipulado, el ministerio de niños, el ministerio de jóvenes, el trabajo misionero, el ministerio de adoración, las amistades y las familias; todo esto opera en la misma página al estar orientado a la Palabra y centrado en Cristo. Los ancianos y los diáconos están llevando la Palabra a su trabajo. Los padres están aprendiendo a llevar el evangelio a la forma en que educan a sus hijos. Los esposos y las esposas están pensando en la centralidad del evangelio cuando se relacionan entre ellos. Y la lista es interminable.

Al oír las palabras de Tim, no pude evitar pensar en palabras que reverberan, que rebotan.

Imagínalo así: el evangelista o el predicador abre la boca y pronuncia una palabra, la Palabra de Dios. Pero la Palabra no suena una sola vez. Rebota o se refleja. Brilla a través de la música y las oraciones de la iglesia. Resplandece en las conversaciones entre los ancianos y los miembros, los miembros y los invitados, los cristianos mayores y los más jóvenes. Las palabras de Dios rebotan en la vida de la iglesia, como la bola metálica de un “pinball”.

Pero el eco de las palabras no debe detenerse ahí. Las puertas del edificio de la iglesia deben abrirse y las palabras de Dios deben resonar en las puertas, en la calle y en los hogares y lugares de trabajo de los miembros. Las reverberaciones del sonido que comenzaron en el púlpito deberían acabar rebotando en las paredes de comedores, cocinas y dormitorios infantiles; en las paredes de gimnasios, en las divisiones de los cubículos y en el interior de las ventanillas de los autobuses urbanos; a través de correos electrónicos, mensajes de texto y páginas de Internet.

Por eso, la primera edición de este libro se tituló *Reverberación: como la Palabra de Dios trae luz, libertad y acción a Su pueblo*. Además de actualizar el contenido en algunos puntos, hemos cambiado

el título. Pero el mensaje es el mismo: seguir el camino de esta Palabra reverberante. Así es una iglesia centrada en la Palabra. Las iglesias centradas en la Palabra de Dios cobran vida y crecen. Nuestros sermones deben centrarse en la Palabra de Dios, al igual que nuestros cantos, oraciones y relaciones en común.

Vamos a echar un vistazo teológico y práctico a cómo funciona esto. Mi deseo es que los líderes de las iglesias crezcan en su convicción de lo que deben *hacer* para edificar una iglesia. Y mi deseo es que todos los cristianos crezcan en su convicción de lo que *necesitan* y, por tanto, *requieren* en sus iglesias.

NADA NUEVO

Muchos de los libros que se publican estos días acerca de la iglesia local buscan algo nuevo. Y sin duda hay un lugar para tales conversaciones. Pero yo propondría que las iglesias sean sanas y que los cristianos sean vibrantes a través de las mismas cosas que se hicieron en las iglesias del Nuevo Testamento: a través de la evangelización, la predicación, la enseñanza, el canto, la oración, y el discipulado mutuo con la Palabra de Dios.

Mi plan, por tanto, es señalar cosas que son realmente antiguas, realmente buenas y realmente poderosas. Comienzo el capítulo 1 con un fundamento teológico de la Palabra. Dios se *revela* a través de Su Palabra, pero también *actúa* a través de ella. El capítulo 2 nos presenta al evangelista, que es el primero en pronunciar las palabras vivificantes de Dios. Las palabras del evangelista dividen a la iglesia y al mundo, ya que cada uno responde a la Palabra de Dios de manera diferente. El capítulo 3 medita sobre lo que la Palabra hace al corazón de una persona: lo libera. El capítulo 4 presenta la obra de la Palabra de reunir a la iglesia, y la obra de la iglesia de reunirse para la Palabra.

El resto del libro argumenta que nuestras iglesias, ya sea congregadas o dispersas, deben centrarse en la Palabra de Dios. Los capítulos 5 al 7 presentan una imagen de un ministerio de enseñanza centrado

en la Palabra. Los capítulos 8 al 10 consideran cómo nuestra música, oración y relaciones deben estar centradas en la Palabra. Finalmente, regresaremos a la evangelización una vez más al considerar la misión de la iglesia y sus propósitos al dispersarse.

La Palabra de Dios crea la iglesia y, por tanto, las iglesias deben centrarse en la Palabra de Dios. Al rastrear este tema, como aguja e hilo a través de las diferentes parcelas de la vida de la iglesia, mi oración es que los cristianos y los líderes de las iglesias de todas las tradiciones denominacionales se fortalezcan en la fe en la suficiencia de la Palabra de Dios.

Parte 1

LA PALABRA



LA PALABRA actúa

“Palabras, palabras, palabras”.

¿Has oído esa frase? Es de la obra *Hamlet*, de Shakespeare. Otro personaje le pregunta al príncipe Hamlet qué libro está leyendo, a lo que él responde: “Palabras, palabras, palabras”. Es una respuesta desalentadora. Sin duda, el libro decía algo, pero el desesperanzado Hamlet encontró que ese algo carecía de sentido. Las palabras no eran más que sílabas de sonido. Salpicaduras de tinta sobre papel.

Shakespeare escribió *Hamlet* alrededor del año 1600, pero aquí hubo una respuesta posmoderna. En la actualidad, resulta muy tentador estar de acuerdo con Hamlet sobre el vacío de las palabras. No hay significado real; solo hay palabras. No hay verdad; solo hay palabras. Creemos en las palabras como confiamos en las promesas: muy poco. Tanto las palabras como las promesas son inestables. A veces se cumplirán, pero la mayoría de las veces se romperán. No hace falta leer a sofisticados filósofos franceses para saberlo.

En gran medida, no confiamos en las palabras porque la gente intenta constantemente vendernos algo con sus palabras. Hace poco, un anuncio de tarjetas de crédito me prometía: “Saca el máximo provecho de lo que te gusta”. ¿El máximo? ¡Vaya!

Luego, el envoltorio de un trozo de chocolate negro con almendras me decía: “Sigue creyendo en ti y en tus sueños especiales”. Sí, me propongo seguir creyendo. Gracias, chocolate negro con almendras. Empezaba a perder la esperanza.

Y entonces, poco después de comprarme un par de zuecos de cuero marrón hace años, descubrí las palabras en las suelas: “Piensa rápido, vive despacio”. Mmm, quizá debería ir más despacio en la vida, pero también pensar más rápido. Eso es transformador.

Así, las suelas de mis zuecos marrones me sermonearon. Un envoltorio de chocolate intentó moldear mi cosmovisión. Y un anuncio de tarjetas de crédito me hizo la promesa escatológica de que puedo sacar el máximo provecho a lo que me gusta.

¿Cómo me afecta este lenguaje? Me vuelve cínico ante las palabras, y mucho más ante las palabras sabias y proféticas. Y sé que no soy el único. Vivimos rodeados de tantos mercadólogos locos por el dinero, predicadores vendedores y héroes de pacotilla que todos estamos un poco cansados de las palabras.

LA TEOLOGÍA DEL ZUMBIDO

Sin embargo, las palabras importan, y la Palabra de Dios es lo que hace crecer a la iglesia de Dios. En la introducción, describí cómo la Palabra reverbera —como en un cañón— a través de una iglesia, dando vida a todas sus partes. Aquí hay otra analogía que me ayuda a visualizar el poder de la Palabra de Dios: la Palabra de Dios da vida a una iglesia como la electricidad da energía a una ciudad.

Imagínalo: la electricidad sale de la central eléctrica y fluye por los cables eléctricos. Luego llega al alumbrado público, a los congeladores de los supermercados, a las computadoras de las oficinas y a las filas y filas de casas del vecindario. Las lámparas brillan y los refrigeradores zumban. Del mismo modo, sostengo que la Palabra de Dios fluye y zumba a través de las personas y la iglesia local, dando luz a sus ojos y esperanza a sus corazones.

El problema es que todos sabemos que las palabras son poco fiables y engañosas. Entonces, ¿cómo es posible que las palabras den vida?

Tenemos que detenernos y considerar precisamente la pequeña cosa vibrante: la Palabra. Necesitamos una teología del zumbido, porque lo que sostengo en este libro es una propuesta de fe. Confiar en la Palabra de Dios para edificar nuestras iglesias es un acto de fe. Fe en Dios. Fe en Su Palabra. Y esa fe no es natural, ni siquiera para el cristiano. Es sobrenatural. Dios debe darla.

Si te llevas de este libro una sola cosa, ruego que sea una mayor fe en el poder de la Palabra de Dios.

El “viejo hombre” en cada uno de nosotros —utilizando el lenguaje de Pablo— continuamente nos tienta a edificar o centrar nuestras iglesias en otras cosas, cosas que podemos ver y medir. Queremos confiar en la investigación de mercado, el carisma personal, la buena música u otros recursos naturales. No estoy diciendo que los recursos “naturales” sean malos, *per se*. Pero si confiamos en ellos, no hay diferencia entre nosotros y el mundo. Dios quiere desafiarlos justo aquí. “¿No es Mi palabra como fuego’, declara el SEÑOR, ‘y como martillo que despedaza la roca?’” (Jer 23:29). Por eso, no me sorprendió leer un correo electrónico reciente en el que un miembro de mi iglesia informaba: “Quedé hecho pedazos al final del sermón del domingo”. Y alababa a Dios.

En este capítulo, haré cinco afirmaciones que serán fundamentales para todo lo demás en este libro. Si deseas profundizar en las siguientes ideas, puedes consultar las lecturas recomendadas al final del capítulo, especialmente las de Horton, Packer y Ward. Además, la Escritura utiliza la frase “la Palabra de Dios” de varias maneras, pero yo utilizaré la frase “la Palabra de Dios” como sinónimo de la Biblia a lo largo de la siguiente discusión. Cuando utilice la frase “las palabras de Dios”, me referiré a Sus palabras en un sentido más amplio.

CINCO AFIRMACIONES FUNDAMENTALES

1. La Palabra de Dios es una extensión de Dios

Lo primero que debemos comprender es que *la Palabra de Dios es una extensión* de Dios mismo. Escuchar Sus palabras que comprenden toda la Biblia es escucharlo a Él. Obedecer Sus palabras es obedecerlo a Él. Ignorar Sus palabras es ignorarlo a Él. Dios se “invierte” en Sus palabras, como dice Timothy Ward. Se identifica tanto con Sus palabras que nuestra respuesta a Sus palabras es nuestra respuesta a Él.

Después de que el rey David se acostara con Betsabé y matara a su marido, Dios le dijo: “Has despreciado la palabra del SEÑOR”, y al instante siguiente: “Me has despreciado” (2S 12:9-10; cf. 1S 15:19, 23, en el que Samuel reprendió al rey Saúl).

Jesús, hablando a Sus discípulos, identifica Sus palabras con Él mismo de la misma manera: “Si alguien me ama, guardará Mi palabra” (Jn 14:23a).

Se puede medir la opinión que una persona tiene de Dios por su opinión de la Palabra de Dios. Por esa razón, la persona que ama a Dios ama Su Palabra, y la persona que odia a Dios rechaza lo que Dios ha dicho. La Palabra de Dios es una extensión de Él mismo: Su identidad, propósitos, afectos y poder.

Observa cómo el salmista habla de la voz de Dios intercambiándola con Dios mismo: “La voz del SEÑOR rompe los cedros; sí, el SEÑOR hace pedazos los cedros del Líbano... La voz del SEÑOR hace temblar el desierto; el SEÑOR hace temblar el desierto de Cades” (Sal 29:5, 8). Que la voz de Dios rompa o sacuda algo significa que Dios rompe o sacude algo. La ecuación es sencilla.

¿Tal vez demasiado sencilla? ¿No estoy afirmando lo obvio? Al fin y al cabo, así es como tratamos las palabras de las personas con las que nos cruzamos cada día. ¿Cómo respondería mi esposa si hiciera caso omiso de sus palabras explicándole: “Eres *tú* quien me interesa, no tus palabras”? ¿Cómo respondería un sargento instructor a un soldado

que dijera lo mismo? Nuestras palabras son una extensión de nosotros. Nos expresan.

Del mismo modo, puede parecer obvio que la Palabra de Dios es una extensión de Dios mismo, pero vale la pena observarlo por al menos tres razones. En primer lugar, ha habido un impulso satánico dentro de cada uno de nosotros de separar a Dios de Su Palabra desde que la serpiente dijo a Adán y Eva: “¿Conque Dios les ha dicho...?” (Gn 3:1). Forma parte de nuestra naturaleza caída decir que *lo* amamos y, sin embargo, no prestar atención a *Sus* palabras (cf. Jn 14:15; 1Jn 5:3-4). Decimos amar a Dios, ¿pero cuánto tiempo a la semana nos dedicamos a leer la Biblia?

En segundo lugar, una serie de teologías del siglo veinte, como la serpiente en Génesis 3, intentaron separar la Palabra de Dios de la Biblia. Algunos decían que la Biblia simplemente “da testimonio” de las palabras de Dios. Algunos enfrentaron a Jesús con la Biblia, diciendo que solo Jesús es la Palabra. Algunos acusaban de “bibliolatría” —adorar la Biblia— a cualquiera que le diera importancia a la Biblia. Puedo asegurarte que a mi esposa no le haría ninguna gracia si me enviara un mensaje a mi correo electrónico pidiéndome que recogiera cinco artículos en la tienda, pero yo recogiera solo tres y le explicara: “Supuse que tu correo electrónico se limitaba a “dar testimonio” de tus palabras, y que era libre de escoger de la lista”. En cuanto a la acusación ocasional de “bibliolatría”, sinceramente no estoy seguro de que merezca una respuesta. Personas adorando sus Biblias, ¿en serio? ¿Alguien ha visto a personas hacer esto?

En tercer lugar, hay un impulso místico entre muchos evangélicos que quiere cerrar los ojos y simplemente experimentar la presencia y el amor de Dios. Pero imagínate sentarte junto a un amigo en un sofá y decirle: “No me hables. Solamente quiero sentir tu presencia”.

En las Escrituras, Dios tiene comunión con Su pueblo comunicándose con Él. Incluso el templo de Dios en el Antiguo Testamento, el lugar donde se dice que *habita* Dios, se distinguía de otros templos de culto del antiguo Cercano Oriente porque su lugar más sagrado no

contenía encantamientos mágicos para manipular a los dioses para que enviaran una buena cosecha o vientres fértiles, sino los diez mandamientos de Dios, literalmente, Sus diez “palabras”. Dios habita con Su pueblo a través de Su Palabra.

Leer la Biblia no es un mero ejercicio de comprensión intelectual; es una oportunidad de estar ante el trono del Rey del universo. Es una oportunidad para encontrarnos con Él. Dios se relaciona a través de la comunicación.

¿Quieres medir cuánto amas a Dios? Entonces considera tu amor por la Biblia. En las Escrituras, Dios se dirige a ti. ¿Le estás escuchando? Nuestra actitud debería ser como la de Jeremías, que vio a los falsos profetas de su tiempo y tembló: “En cuanto a los profetas: quebrantado está mi corazón dentro de mí, tiemblan todos mis huesos; estoy como un ebrio, como un hombre a quien domina el vino, por causa del SEÑOR, y por causa de Sus santas palabras” (Jer 23:9).

2. Dios actúa a través de Su Palabra

Los evangélicos suelen situar su debate teológico sobre la Palabra de Dios bajo el título de “revelación”. Decimos que la Biblia nos revela a Dios y Sus propósitos. Nos imparte información. Y por eso hablamos de los atributos de las Escrituras. Describimos la Biblia como inspirada, llena de autoridad, suficiente, inerrante y clara. Es decir, la información que imparte es inspirada, está llena de autoridad y así sucesivamente. Este énfasis tiene sentido a la luz de los ataques de la Ilustración y la post-Ilustración contra la autoridad de las Escrituras. El pueblo de Dios ha respondido a estos desafíos reforzando acertadamente sus argumentos a favor de la naturaleza proposicional de las Escrituras.

Afirmo todo esto de corazón. Pero ahora añadamos otro elemento. Dios no solo revela información a través de Su Palabra; *Dios actúa a través de Su Palabra*. Esa es nuestra segunda afirmación fundamental. Dios actúa cuando habla. Actúa de tres maneras: crea, sostiene, establece y rompe relaciones.

Dios crea con Sus Palabras. Tú y yo creamos con las manos, las computadoras, las palas y las excavadoras, pero Dios no. Dios es Espíritu y crea hablando. Dice: “Hágase”, y se hace. Por eso el salmista se remonta al Génesis 1 y exclama: “Por la palabra del SEÑOR fueron hechos los cielos, y todo su ejército por el aliento de Su boca” (Sal 33:6). El autor de Hebreos coincide: “Por la fe entendemos que el universo fue preparado por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve no fue hecho de cosas visibles” (Heb 11:3). Las palabras invisibles crean la materia visible.

Dios sostiene el universo por Su palabra. Los científicos nos dicen que los átomos y las subpartículas, los planetas y los soles se mantienen unidos por las leyes mecánicas de la gravedad, las interacciones electromagnéticas, fuerte y débil. Pero piensa: esas leyes son en sí mismas ráfagas del aliento de Dios. Son palabras que salen de la lengua de Dios segundo a segundo. Como dice el autor de Hebreos: Jesús “sostiene todas las cosas por la palabra de Su poder” (Heb 1:3), con Sus palabras zumbantes y eléctricas. Vale la pena meditar un momento sobre lo que ocurrió cuando Jesús dijo al viento y al mar: “¡Cálmate, sosiégate” (Mr 4:39). Las partículas de nitrógeno, oxígeno e hidrógeno *escucharon*. Electrones y protones *obedecieron*. ¿Puedes explicarlo?

Dios establece y rompe relaciones a través de Su palabra. Dios hizo un pacto verbal con Abraham y otro con los descendientes de Abraham, los israelitas. Cuando no cumplieron ese pacto, Dios los exilió. En cada paso, la relación de Dios con el pueblo de Israel se establecía y rompía por Sus palabras.

Ahora bien, una cosa es plantear este punto en referencia al antiguo pacto y al pueblo de Israel. Pero el punto se vuelve aún más sorprendente con el advenimiento del nuevo pacto y la iglesia. Ya no estamos hablando de palabras escritas en tablas de piedra, sino, de alguna manera, de palabras escritas en corazones humanos. Estamos hablando de la postura misma del alma, de sus esperanzas y afectos. Tal parece que, al igual que Dios creó el universo con palabras, también vuelve a crear los corazones caídos con palabras. Nos hace

“nuevas criaturas”. Él “da vida a los muertos y llama a las cosas que no son, como si fueran” (Ro 4:17). Los apóstoles hablan aquí al unísono:

- Pedro les recuerda a sus lectores cristianos que “han nacido de nuevo... mediante la palabra de Dios que vive y permanece” (1P 1:23 NVI).
- Santiago, dice de forma similar que “en el ejercicio de Su voluntad, Él nos hizo nacer por la palabra de verdad”; por tanto, Santiago exhorta a sus lectores a “[recibir] con humildad la palabra implantada, que es poderosa para salvar sus almas” (Stg 1:18, 21).
- Juan habla de la Palabra que “permanece en ustedes” (1Jn 2:14), y de la verdad que nos hace libres (Jn 8:32).
- Pablo hace explícito el paralelismo entre la obra de Dios en la creación y la nueva creación: “Pues Dios, que dijo: ‘De las tinieblas resplandecerá la luz’, es el que ha resplandecido en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Cristo” (2Co 4:6). En otro lugar, enseña que “la fe viene del oír” (Ro 10:17).

Por supuesto, los apóstoles aprendieron estas promesas del propio Jesús, quien dijo: “Las palabras que Yo les he hablado son espíritu y son vida” (Jn 6:63b).

La Palabra de Dios produce el nuevo nacimiento. Permanece. Da el conocimiento de la gloria de Dios en Cristo. Y la Palabra de Dios puede hacer todo esto porque es “viva y eficaz” (Heb 4:12). Zumba y fluye en el corazón y enciende la luz. ¡Clic! Ahora puedes ver. Ahora puedes amar a Dios. Antes no podías.

3. Dios actúa a través de Su Palabra por medio de Su Espíritu

¿Pero es realmente así? Una y otra vez, Dios habla a los israelitas y ellos siguen desobedeciendo. Una y otra vez, los predicadores predicaban la Biblia mientras la gente bosteza, se duerme o la olvida. ¿Dónde están las bombillas encendidas y los corazones recién creados?

Esto nos lleva a una tercera declaración fundamental: *Dios actúa a través de Su Palabra por medio de Su Espíritu*.

Las palabras de Dios tienen poder porque se mueven por el Espíritu de Dios y hacen exactamente lo que el Espíritu desea. Por eso, Jesús dijo a Nicodemo: “El viento sopla donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu” (Jn 3:8). A veces, el Espíritu utiliza las palabras de Dios para endurecer un corazón (Is 6:9-10; Mt 13:14-15; Hch 28:26-27). A veces las usa para ablandar uno (Mt 13:16; Hch 28:28; Ro 15:18-21). Pero las palabras de Dios siempre actúan según la voluntad del Espíritu. Él sopla donde quiere.

Las operaciones eléctricas de la Palabra de Dios no son mágicas, son espirituales. El Espíritu de Dios trabaja junto con la Palabra de Dios. Aquí Jesús lo une todo: “El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que Yo les he hablado son espíritu y son vida” (Jn 6:63). En este pasaje, la obra del Espíritu no se contrapone a la obra de las palabras de Jesús; se contrapone a la obra de la carne: el tipo de obra que se realiza mediante la fuerza, la belleza o la inteligencia (cf. 2Co 10:3). Las palabras de Jesús y el Espíritu trabajan juntas para darnos espíritu y vida.

Tal vez la ilustración más vívida de esto en la Biblia ocurre en Ezequiel 36 y 37. En el capítulo 36, nos encontramos con las asombrosas promesas del nuevo pacto de Dios:

Además, les daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de ustedes; quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne. Pondré dentro de ustedes Mi

espíritu y haré que anden en Mis estatutos, y que cumplan cuidadosamente Mis ordenanzas (Ez 36:26-27).

Dios promete dar a Su pueblo un corazón y un espíritu nuevos al poner Su Espíritu dentro de nosotros.

¿Cómo lo hará Dios exactamente? Ezequiel 37 tiene la respuesta. El capítulo comienza con una visión de Dios en la que el profeta se encuentra en un valle de huesos secos:

La mano del SEÑOR vino sobre mí, y me sacó en el Espíritu del SEÑOR, y me puso en medio del valle que estaba lleno de huesos. Él me hizo pasar en derredor de ellos, y ví que eran muchísimos sobre la superficie del valle; y estaban muy secos (vv. 1-2).

El escenario está preparado. Luego viene el desafío: “Y me preguntó: Hijo de hombre, ¿vivirán estos huesos? Y yo respondí: Señor DIOS, tú lo sabes” (v. 3).

Esta es, por supuesto, la pregunta que debería hacerse todo cristiano y todo líder de iglesia: ¿cómo llega la vida a los que están espiritualmente muertos? Dios da la primera mitad de la respuesta al decirle a Ezequiel que predique:

Entonces me dijo: “Profetiza sobre estos huesos, y diles: ‘Huesos secos, oigan la palabra del SEÑOR’. Así dice el Señor DIOS a estos huesos: ‘Voy a hacer que en ustedes entre espíritu, y vivirán. Y pondré tendones sobre ustedes, haré crecer carne sobre ustedes, los cubriré de piel y pondré espíritu en ustedes, y vivirán; y sabrán que Yo soy el SEÑOR’”.

Profeticé, pues, como me fue mandado; y mientras yo profetizaba hubo un ruido, y luego un estremecimiento, y los huesos se juntaron cada hueso con su hueso. Y miré que

había tendones sobre ellos, creció la carne y la piel los cubrió (vv. 4-8).

Ezequiel predicó palabras, y la vida comenzó a formarse. Los cuerpos tomaron forma. Pero se necesitaba más. Las palabras no eran suficientes. La siguiente oración dice: “Pero no había espíritu en ellos”. Ten en cuenta que la palabra hebrea para “espíritu” es la misma tanto para “aliento” como para “viento”. El autor parece interesado en el doble significado a medida que la historia continúa:

Entonces Él me dijo: “Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu: ‘Así dice el Señor Dios: “Ven de los cuatro vientos, oh espíritu, y sopla sobre estos muertos, y vivirán”’. Y profeticé como Él me había ordenado, y el espíritu entró en ellos, y vivieron y se pusieron en pie, un enorme e inmenso ejército (vv. 9-10).

El pasaje está empapado de la palabra “espíritu”, y el significado no puede pasar desapercibido. El Espíritu de Dios se une a la palabra predicada por Dios —palabra predicada a través de un hombre— para dar vida espiritual donde hay muerte espiritual. Esta misma interpretación se repite momentos después, cuando se recuerda la promesa del nuevo pacto del capítulo 36:

Por tanto, profetiza, y diles: “Así dice el Señor Dios: ‘Voy a abrir sus sepulcros y los haré subir de sus sepulcros, pueblo Mío, y los llevaré a la tierra de Israel. Y sabrán que Yo soy el SEÑOR’” (37:12-13).

El poder de la Palabra de Dios es una proposición de fe. Se necesita fe para creer que palabras invisibles y el Espíritu invisible pueden dar vida a un valle de huesos secos. En comparación, no hace falta nada de fe para creer en el poder de la belleza, la inteligencia, la fuerza, el estilo

o el humor. Estas cualidades son atractivas, y literalmente podemos verlas atraer a una multitud. Podemos verlas construir una “iglesia”.

El apóstol Pablo lo sabía. Sabía que la vida espiritual se crea a través de las palabras y del Espíritu de Dios trabajando juntos. Sabía que la iglesia de Tesalónica era amada por Dios “porque nuestro evangelio no vino a ustedes solamente en palabras, sino también en poder y en el Espíritu Santo y con plena convicción” (1Ts 1:5; cf. 1Co 2:4; Ga 3:2-3). ¿Cómo lo sabía? Había sido testigo del cambio en sus vidas. En medio de la tentación, eran obedientes. En medio de la persecución, tenían alegría. “Y ustedes llegaron a ser imitadores de nosotros y del Señor, habiendo recibido la palabra, en medio de mucha tribulación, con el gozo del Espíritu Santo, de manera que llegaron a ser un ejemplo para todos los creyentes en Macedonia y en Acaya” (1Ts 1:6-7). No es de extrañar, pues, que Pablo se refiriera a la Palabra de Dios como la “espada del Espíritu” (Ef 6:17).

No hay mayor poder a disposición de una iglesia que la predicación de la Palabra del Padre del Hijo obrando a través del Espíritu. La Palabra de Dios siempre cumple lo que Dios quiere que cumpla, lo que nos lleva a una cuarta afirmación.

4. La Palabra de Dios y el Espíritu actúan juntos con eficacia

Combinados, la Palabra y el Espíritu marcan la diferencia. Este punto ha estado implícito hasta ahora, pero vale la pena hacerlo explícito: *la Palabra y el Espíritu de Dios actúan juntos con eficacia*.

Nuestras palabras son inestables, poco fiables e indignas de confianza. Incluso cuando son verdaderas, la gente nos ignorará o nos malinterpretará. Simplemente no son eficaces. No consiguen que se haga el trabajo. Así que decimos cosas como “el dinero manda” o “los hechos hablan más que las palabras” o, como dijo Theodore Roosevelt: “Habla en voz baja pero lleva contigo un gran garrote, así llegarás lejos”.

Pero las palabras de Dios son diferentes. Son *eficaces*. Es decir, tienen el efecto deseado. Los cristianos, como dogma de fe, deben

recordar esto. Escucha al profeta Isaías y presta atención especialmente a los verbos que utiliza:

Porque como descienden de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelven allá, sino que riegan la tierra, haciéndola producir y germinar, dando semilla al sembrador y pan al que come, así será Mi palabra que sale de Mi boca; *no volverá* a Mí vacía, sin haber *realizado* lo que deseo, y *logrado el propósito* para el cual la envié (Is 55:10-11, énfasis añadido; cf. Ez 12:25).

El agua de lluvia viene, hace y da. Las gotas de agua se filtran en la tierra, germinan las semillas y dan brotes verdes de vida. Así es la Palabra de Dios. No falla, cumple y tiene éxito. Siempre. Tal vez endurece y tal vez ablanda, como dijimos antes. Pero siempre cumple su voluntad.

Como ha dicho Michael Horton, la Palabra de Dios no se limita a impartir información, sino que crea vida. No es solo descriptiva; es eficaz. Produce adoración, obediencia, comunión y discípulos.

Cuando Dios habla, siempre se produce algún tipo de cambio.

5. Dios habla a través de predicadores y palabras humanas

Por último, llegamos a una quinta afirmación, que puede ser la más extraña y sorprendente de todas: *Dios habla a través de predicadores y palabras humanas*.

Una cosa es remontarnos al Génesis 1, leer que Dios ordena que aparezca la luz, asentir con la cabeza y afirmar que las palabras de Dios son poderosas. Otra cosa es decir que lo que hace el predicador el domingo por la mañana tiene el mismo tipo de poder. Es cierto que sería una auténtica tontería confundir nuestras palabras con las palabras primordiales de Dios en la creación, y una simple herejía confundir nuestras palabras con las palabras de la Escritura inspirada (cf. 2Ti 3:16; 2P 1:19-21). Habiendo aclarado lo anterior, las Escrituras dicen una y otra vez que Dios hablará con un poder de nueva

creación cuando exponamos fielmente el mensaje de las Escrituras. Así testifica Jesús de los predicadores humanos. Al enviar a setenta y dos discípulos a predicar, Jesús les dice: “El que *a ustedes escucha, me escucha a Mí*, y el que *a ustedes rechaza, me rechaza a Mí*; y el que me rechaza a Mí, rechaza al que me envió” (Lc 10:16, énfasis añadido).

Y así dan testimonio Pablo, Pedro y Juan. Escribiendo a los tesalonicenses, Pablo compara notablemente las palabras que predicaba con las palabras de Dios: “Por esto también nosotros sin cesar damos gracias a Dios de que cuando recibieron la palabra de Dios, que oyeron de nosotros, la aceptaron no como la palabra de hombres, sino como lo que realmente es, la palabra de Dios, la cual también hace su obra en ustedes los que creen” (1Ts 2:13; cf. Ga 1:11). Pero Pablo no se refería simplemente a sus propias palabras; sabía que Dios obra eficazmente a través de la predicación en general: “agradó a Dios mediante la necesidad de la predicación salvar a los que creen” (1Co 1:21).

Pedro también compara la Palabra eterna e inmutable de Dios con la predicación humana: “pues han nacido de nuevo, no de una simiente corruptible, sino de una que es incorruptible, es decir, mediante la palabra de Dios que vive y permanece... Esa es la palabra que a ustedes les fue predicada” (1P 1:23, 25). Más adelante en la carta es aún más explícito: “El que habla, hágalo como quien expresa las palabras mismas de Dios” (1P 4:11 NVI).

Juan hace una comparación similar: “El que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye” (1Jn 4:6).

Dios habla a través de predicadores y palabras humanas. Es difícil de creer, pero por eso debemos pedir fe:

- fe para creer que encontrarse con la Biblia es encontrarse con Dios;
- fe para creer que Dios actúa con eficacia a través de Su Palabra por medio de Su Espíritu; y
- fe para creer que Dios pone este poder en acción cuando cristianos como tú y yo hablamos.

PODER PARA EL UNIVERSO Y LA IGLESIA

La Palabra de Dios, obrando a través del Espíritu de Dios, es la fuerza más poderosa del universo y de la iglesia. El Padre, el Hijo y el Espíritu colaboran maravillosamente para derramar Su poder a través de la palabra, para cumplir Su única voluntad a través de las palabras.

Ese es el fundamento teológico del resto del libro. Nuestro objetivo ahora es trazar el poder de la Palabra y del Espíritu de un área de la vida de la iglesia a otra, casi como si siguiéramos el flujo de electricidad a través de los cables eléctricos de un edificio al siguiente.

Creo que el mejor lugar para empezar es el corazón de la persona. ¿Qué ocurre cuando la invitación del evangelista hace vibrar el corazón humano? ¿Qué aspecto tienen las reverberaciones eléctricas de la Palabra y el Espíritu de Dios en acción? Además, ¿cómo debemos considerar la aparente eficacia que pueden tener otras cosas para persuadir a la gente, como las buenas obras, la música o el estilo de la decoración de un edificio? Estas son las preguntas que nos plantearemos a continuación.

LECTURA RECOMENDADA

Adam, Peter. *Hearing God's Word: Exploring Biblical Spirituality* [*Escuchar la Palabra de Dios: Explorando la espiritualidad bíblica*]. ed. D. A. Carson. Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 2004.

Horton, Michael S. *People and Place: A Covenant Ecclesiology* [*Las personas y el lugar: Una eclesiología del pacto*]. Louisville, Ky.: Westminster John Knox, 2008. Capítulos 2 y 3.

Packer, J. I. *Conocer a Dios*. Medellín, Colombia: Poiema Publicaciones, 2023, capítulo 6.

Thompson, Mark D. *A Clear and Present Word: The Clarity of Scripture* [*Una palabra clara y presente: La claridad de las Escrituras*]. ed. D. A. Carson. Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 2006.

Ward, Timothy. *Words of Life: Scripture as the Living and Active Word of God* [*Palabras de vida: La Escritura como la palabra viva y activa de Dios*]. Nottingham, Inglaterra: InterVarsity, 2009.